

Agave azul tequilana

Sheherazade Bigdalí

Para Pauly.

—¡Desgraciado!— gritó la joven en perfecto español al coche que arrancaba y la dejaba en la mitad del camino a quién sabe dónde.

Caminó con furia, recogiendo de tramo en tramo sus mochilas, la toalla, una gorra... Sacudió todo y volvió a acomodarse el equipaje: la mochila gris con la toalla enrollada encima, en la espalda; la verde, al frente; la gorra tapando su delgado y largo cabello rubio. Siguió caminando en la misma dirección del coche que acababa de abandonarla y sólo se volvía, caminando de espalda al escuchar el ruido de algún motor, para pedir aventón infructuosamente. Por fin, al décimo o más, tuvo éxito.

La camioneta se detuvo. Detrás de los vidrios polarizados se oyó una voz fuerte y ronca ¡súbete! le dijo y ella, para evitarse un conflicto como el anterior, prefirió viajar en la caja.

Kilómetros después el de adentro le gritó ¡nomás llego al Arenal, güerita! — Sí, gracias, no hay problema— contestó.

Al llegar al pueblito pudo observar el arco de la entrada, las rejas de la *Deportiva*. Magueyes, más bien, agaves. Ése era el motivo decorador. Un indicativo de que iba en buen rumbo. Con un poco de suerte, ese mismo día llegaría a la playa.

Compró dos o tres cosas para comer y se sentó en una desarbolada placita. Esto no va bien —pensó—, otras veces

ha sido más fácil recorrer este país en facha de turista. Había bastado decir — may you help me, please?— Para que las puertas se abrieran, para que no le cobraran en las fondas, para que todos corrieran deseosos de atender a la «gringuita» y ahora... ¿qué estaba pasando en este país?

En adelante era mejor hablar en español, volver a ser la casi mexicana que es, con poco más de doce años en el país. Nada de alemán, ni de inglés por su propia seguridad.

A veces maldice esa herencia extranjera, de la materna Irlanda y el padre austriaco; primera infancia en África, luego el Canadá y por fin, México. Aquí estaba ella, por razones de sus padres, privada de ser rubia que hable las lenguas de sus padres, bajo pena de rechazo.

Volvió a tomar el equipaje acercándose a la carretera. Sólo le faltaba una etapa para llegar al mar. La confianza que da el hábito de viajar sola la llevó a caminar algunos kilómetros bajo la carretera, volviéndose como por reflejo cuando se acercaba un coche. Más de una hora después, la tarde comenzaba a insinuarse. Pensando ya en dónde se hospedaría esa noche, se detuvo un auto negro, cerrándole el paso. Se bajó de él un hombre joven y fornido, con anteojos oscuros y le dijo en un tono que tenía más de orden que de invitación —Te llevamos, güerita—.

Un temor visceral le contrajo el bajo vientre —No, gracias, llevo muchas cosas.

Sheherazade Bigdalí

(Guanajuato, 1972). Licenciada en letras españolas por la Universidad de Guanajuato. Su más reciente libro, el poemario *Cualquiera que va respirando muerte*. El texto que aquí presentamos pertenece al libro inédito *De amores, odios y otras filiaciones*.

tuneles@yahoo.com



A. van der Horst

—Te hacemos un campito, ¿qué no, compadre?— y la tomaba del brazo, conduciéndola suave pero firmemente hasta el carro. El otro le abrió la puerta y sin miramientos, la arrojaron dentro. Ella intentó gritar pero la voz se despedazaba en murmullos inconexos.

—Bájenme, hasta aquí llego— articuló tratando de parecer serena.

—No, *mijita*, hasta que *cantes*— dijo uno

—¿Y qué quieren?—

—*Oila*, compadre. Que no sabe. Cuéntele a la inocente— dijo el conductor mientras llevaba el auto a un camino de tierra rodeado de agaves por todos lados.

La bajaron a empellones. Le exigían decir dónde estaba la base del ejército clandestino —sus papeles, *mija*, no sea tontita... ándele pinche güerita, dígame aquí al comandante... ¡*paque* sigan de metiches!— Sintió el golpe seco en la cabeza; todavía alcanzó a percibir cómo

se le quebraron los sonidos, cómo crepitaba su sangre, cómo se le desmoronaban las piernas.

Sintió un roce leve en los ojos, en su nariz, en su muñeca. Oyó con claridad las voces de las mujeres:

—Pobrecita, mira nomás cómo la dejaron

—¿Y sus cosas?, ¿no dice quién es, de dónde?—

Y seguían mariposeando como alrededor de un foco, de pronto alguna la tocaba, huía...

Se imaginó tirada, desarticulada, incapaz de moverse en medio de ese mar verde—azul, tan árido con su corte de mujeres—mariposa, de mujeres—mosca que volaban, se posaban, volvían a volar... tenía un miedo irracional, avasallante. Tardó mucho en dominarlo, entonces intentó abrir sus ojos pesados, sin lograrlo. En un impulso repentino los abrió desmesurados y esos ojos percibieron de golpe una luz, como no la habían visto nunca antes... ☹